

Cuadernos de trabajo de la **Red Futuro**

Hacia una transición socio-ecológica justa

Estructura productiva latinoamericana
vigente y rutas alternativas para el
presente-futuro de América del Sur





www.redfuturo.lat - [@redfuturo.lat](https://twitter.com/redfuturo.lat)

Cuadernos de trabajo
de la **Red Futuro**

Hacia una transición socio-ecológica justa

Estructura productiva latinoamericana
vigente y rutas alternativas para el
presente-futuro de América del Sur

ÍNDICE

Resumen ejecutivo

1. Modelos de desarrollo y estructura productiva en América del Sur

1.1. Perspectivas conceptuales e históricas del desarrollo en la región durante el siglo XX

1.2. El retorno hacia el patrón de especialización primario exportador en la región durante el siglo XXI

1.3. Empleo e informalidad en la región durante el siglo XXI

2. “Del consenso de los commodities al consenso de la descarbonización”: Crisis climática y transición energética

2.1. Sequías, inundaciones y pérdida de biodiversidad: América del Sur en un contexto de crisis climática

2.2. Del consenso de los commodities al consenso de la descarbonización: La transición energética propuesta desde el Norte global

2.3. Paradigmas de desarrollo alternativos desde el Sur global para superar la nueva ola extractivista

3. Claves para caminar hacia una transición socio-ecológica justa en América del Sur

Bibliografía

Resumen ejecutivo

En los últimos años, las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) por uso de combustibles han alcanzado sus máximos históricos. Se han superado los límites ecológicos y gran parte del tejido mismo de la vida en la Tierra está en peligro. Enfrentamos una fase crítica e impredecible de la crisis climática y las políticas actuales no tienen la fuerza suficiente para detener el colapso en marcha (Rippel et al, 2024). Los paradigmas de desarrollo impulsados durante el siglo XX y XXI coinciden en su aspiración por sostener una expansión continua en la producción y acumulación de capital, al no tomar en cuenta los ciclos de regeneración de los ecosistemas, se enfrentan con los límites físicos objetivos de la naturaleza llevándonos al contexto actual de crisis climática (O’connor, 2001; Saito, 2022).

Las consecuencias de la crisis climática ya impactan en la vida cotidiana de millones de personas en el mundo con severas sequías que afectan la producción agraria y la seguridad alimentaria e inundaciones que destruyen infraestructuras estratégicas y ponen en riesgo la salud y la vida de la población. América Latina es una de las regiones del mundo con menor contribución a la emisión histórica de gases de efecto invernadero, entre 1850 y 2022 nuestra región emitió el 6% del total de GEI mientras que China, Europa y Norteamérica emitieron respectivamente el 11%, 22% y 27% del total de emisiones (WIL, 2022).

Sin embargo, somos una de las regiones más afectadas y más vulnerables ante los eventos climáticos extremos asociados a la crisis climática (CAF, 2023). En América Latina se encuentran 6 de los 10 países más megadiversos del mundo albergando juntos al 60% de la biodiversidad biológica y un tercio del agua dulce del planeta (PNUMA, 2021). Nuestra región presenta en los últimos años las cifras más críticas de pérdida de biodiversidad del mundo. La Amazonía compartida por nueve países de América del Sur tiene un rol estratégico en el ciclo regional del agua y en el ciclo global del carbono. La extensión de la deforestación desplegada en las últimas décadas se acerca a un “punto de no

retorno” en el que este ecosistema perdería sus niveles de humedad, transformándose en un ecosistema de sábana. Esta transformación traería consecuencias catastróficas en todo el ciclo hídrico de América del Sur (Lovejoy et al, 2018).

En este escenario, discutir e impulsar transiciones que garanticen salidas sostenibles y justas se torna urgente. Ya estamos viviendo un escenario de transición energética principalmente impulsado desde los países del Norte global en el marco de “Pactos Verdes” para la descarbonización de sus economías. Este nuevo “Consenso de la Descarbonización” busca transitar hacia la desfossilización o descarbonización de la economía global hacia otra con menor impacto en la emisiones de carbono para apaciguar la crisis climática sin ponerle freno a los procesos de acumulación y al crecimiento económico (Bringel y Svampa, 2023). Para alcanzar la transición energética en el marco de este “Consenso de la Descarbonización” se están desplegando dinámicas de “extractivismo verde” en los países de nuestra región. Con un incremento de la demanda y los precios de los minerales para la transición, se refuerzan los incentivos para seguir expandiendo fronteras extractivas y presionando límites ecológicos.

Nuestra región ha asumido históricamente este rol de proveedores de materias primas. Durante el siglo XX y el siglo XXI se impulsaron en la región tres paradigmas de desarrollo: i) el crecimiento hacia afuera en el marco del paradigma de ventajas comparativas orientado a la exportación de materias primas sin valor agregado; ii) la sustitución de importaciones para superar el patrón de especialización primario exportador, revertir la subordinación y vulnerabilidad de la región y reducir la heterogeneidad estructural y iii) una nueva fase de crecimiento hacia afuera promovido por las recomendaciones del Consenso de Washington (CW) como respuesta a la crisis de la deuda que enfrentó nuestra región hacia finales del siglo XX (CEPAL, 1995).

Las recomendaciones del CW buscaron un retorno al modelo de crecimiento hacia afuera o “desarrollo con base en el mercado”. La apertura comercial y la liberalización de mercados sin protección para las industrias locales tuvieron como consecuencia la “desindustrialización prematura” de las economías latinoamericanas, nuestras economías transitaron hacia economías de servicios sin haber consolidado una base industrial fuerte (Rodrik, 2015). En los años posteriores a la implementación de estas recomendaciones, el incremento de la demanda global por bienes primarios ante la expansión de las potencias emergentes del este asiático y por ende el incremento de los precios de estos bienes configuró un nuevo orden económico y político (Svampa, 2012). Este

escenario fue denominado como el de un “consenso de commodities”. En los últimos años, la crisis climática y la transición energética han puesto en marcha un nuevo consenso, el de la “descarbonización” (Bringel y Svampa, 2023).

La implementación de los paradigmas del desarrollo en nuestra región han tenido resultados concretos que se expresan en cambios en la estructura productiva y ocupacional de nuestros países. Durante la segunda mitad del siglo XX la participación de los productos primarios en el total de exportaciones de los países de América del Sur se contrajo dando espacio a la participación de bienes manufacturados en la canasta exportadora. Durante el siglo XXI el paradigma de desarrollo impulsado desde los organismos multilaterales y las tendencias globales en el marco del boom de precios de commodities contribuyó a la reprimarización de la canasta exportadora en los países de América del Sur con la participación de nuevos actores, el “centro” se ha ampliado incorporando los Tigres Asiáticos como nuevas economías industrializadas. Mientras que en nuestra región se evidencia la persistencia de la condición “periférica” en este nuevo contexto.

El retorno hacia un modelo de desarrollo primario exportador ha generado una presión por la ampliación de fronteras extractivas hacia ecosistemas cada vez más frágiles en nuestra región para responder a la demanda creciente (Gudynas, 2015). En el siglo XXI, estas actividades son más intensivas en la apropiación de recursos naturales, generando nuevas tensiones por el acceso a recursos en los territorios aledaños debido al fuerte impacto de esta actividad en los medios de vida de las poblaciones (Arellano, 2011; Gudynas, 2015). Por otro lado, esta dinámica ha contribuido a la acumulación de riquezas en nuestra región asociada a la exportación de materias primas. Las 15 mayores fortunas de la región se encuentran principalmente asociadas a la exportación de minerales, alimentos y bebidas (Bloomberg, 2025)

En el siglo XXI, la estructura ocupacional latinoamericana se concentra en sectores de baja productividad. Más del 60% de la población económicamente activa se concentra en el sector servicios, mientras que los sectores industrial y agrario presentan una participación por debajo del 20% (ver anexo 4). Se confirma así la transición de nuestras economías hacia economías de servicios en la composición de su mercado interno con menor participación de la agricultura y la industria.

Entre todos los sectores económicos, el sector servicios presenta mayor incidencia de informalidad. Así, incluso a pesar del crecimiento económico en el marco del boom de precios de commodities, la informalidad se ha mantenido

alta durante el siglo XXI. Más de la mitad de trabajadores se encuentran empleados en el sector informal en países de América del Sur como Bolivia, Perú, Paraguay y Ecuador. Mientras que en Argentina, Brasil y Chile este sector emplea a 1 de cada 4 trabajadores (ILOSTAT, 2025). La informalidad se asocia con altos niveles de precariedad, bajos salarios, inseguridad en el empleo y ausencia de acceso a seguros de salud y pensiones (Pineda et al, 2024).

Los paradigmas de desarrollo impulsado en las últimas décadas coinciden en acentuar un carácter productivista y consumidor en el que la naturaleza es vista como un recurso a ser extraído y transformado bajo las lógicas de mercado. Incluso en el contexto de una transición energética para frenar la crisis climática, los países de América del Sur vienen siendo asignados en el rol de sitios de despojo y contaminación para la ampliación de fronteras productivas y extractivas (Riofranco, 2020). Como respuesta a estos escenarios, desde el Sur global, surgen paradigmas alternativos de desarrollo que buscan impulsar transiciones que configuren soluciones efectivas hacia al contexto de “poli-crisis civilizatoria” que enfrentamos a escala global (Bringel y Svampa, 2023): i) La revalorización de la dimensión de reproducción social de la vida y los cuidados, ii) post extractivismos y el Buen Vivir impulsado por los pueblos indígenas de la región, y iii) la promoción de desarrollo industrial a través de políticas para la sofisticación e inclusión en nuestra estructura productiva desde un rol más activo del Estado. Inspirados en las discusiones y propuestas de estos paradigmas, en este documento impulsamos ocho claves hacia una transición socioecológica justa.

1. Modelos de desarrollo y estructura productiva en América del Sur en el siglo XXI

En esta sección presentamos una revisión conceptual e histórica de los modelos de desarrollo desplegados en América Latina desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente. Para el análisis nos concentramos en la dimensión económica de los modelos de desarrollo económicos a través de los cambios en la estructura productiva de América del Sur durante el siglo XXI. En la segunda subsección revisamos los cambios en la canasta exportadora de los países de América del Sur en el siglo XXI. Finalmente, revisamos los efectos de esta estructura productiva en la composición de la estructura ocupacional.

1.1. Perspectivas conceptuales e históricas del desarrollo en la región. Definiciones: modelo de desarrollo y “pioneros del desarrollo”

Desde una perspectiva conceptual, un modelo de desarrollo puede ser definido como un sistema estructurado por tres elementos clave: i) un bloque social hegemónico; ii) un régimen de acumulación y iii) un modo de regulación (Lipietz y Leborgne, 1988). Es decir, está compuesto por una dimensión social, político-institucional y económica. La dimensión social se expresa en la configuración de relaciones de poder entre grupos sociales dentro del territorio. En la dimensión político-institucional se configuran las reglas de juego, normas y mecanismos que permiten que el régimen de acumulación funcione de manera estable (Lipietz y Leborgne, 1988). Finalmente, el régimen de acumulación hace referencia a la forma en la que se organiza la producción, la distribución del ingreso y el consumo para responder a un marco general en el que se organiza el trabajo y el uso de la tecnología. El régimen de acumulación conforma un paradigma productivo específico desde una dimensión económica (Lipietz y Leborgne, 1988).

La dimensión económica de los modelos de desarrollo pueden ser descritos a través de las características de la estructura económica-productiva del país o región analizada. La estructura económica está compuesta por las actividades productivas que se realizan en la unidad de análisis; los patrones de

especialización en el comercio internacional; las capacidades tecnológicas y el nivel de educativo de la fuerza laboral; la estructura de propiedad de los factores de producción y el grado de desarrollo de los mercados y de las instituciones estatales básicas (Ocampo et al, 2009). En cuanto a la estructura productiva, nos referimos al entramado de la articulación de las actividades económicas en el país y el modo de especialización del mismo, su balance del tipo de bienes y servicios que componen la balanza comercial (Schteingart, 2017)

El paradigma de “crecimiento hacia afuera” y los “pioneros del desarrollo” desde el Norte Global

El desarrollo como sistema de representación se consolidó en el periodo pos-guerras durante el siglo XX, en el marco de la implementación del Acuerdo de Bretton Woods. El discurso de Truman en 1949 es quizás la expresión más clara de la concepción del desarrollo que se pretendía impulsar desde los países del Norte global. Truman en su discurso de investidura como presidente de los EE.UU sustentó los lineamientos que guiarán los vínculos de su nación con el resto de los países del mundo a través de “un programa de desarrollo basado en los conceptos del trato justo y democrático...producir más es la clave para la paz y la prosperidad. Y la clave para producir más es una aplicación mayor y más vigorosa del conocimiento técnico y científico moderno” (Truman, 1949 citado por Escobar, 2007).

Los componentes principales detrás de la estrategia de desarrollo económico impulsada en los años cincuenta se podrían resumir en 4 elementos: i) acumulación de capital; ii) industrialización, iii) planeación del desarrollo y iv) ayuda externa (Escobar, 2007). Se buscaba así reproducir en todo el mundo las características de las sociedades industrializadas de la época con altos niveles de industrialización y urbanización; tecnificación de la agricultura; crecimiento de la producción material y capacidad de consumo y la adopción generalizada de los valores culturales occidentales modernos (Escobar, 2007).

El desarrollo era concebido como un problema técnico que podía ser enfrentado con un manejo racional a través de las recomendaciones de los “profesionales del desarrollo” (Escobar, 2009). Autores como Rostow, Lewis, Nurske, Roseinstein Rodan sustentaron hipótesis para explicar las causas del “subdesarrollo” latinoamericano y construir recomendaciones de política para impulsar el desarrollo en estas regiones. Estos autores coinciden en que los países subdesarrollados presentaban características particulares como altos niveles de subempleo rural, bajos niveles de industrialización y desventajas en el

comercio internacional. Los también llamados “pioneros del desarrollo” escribían desde el Norte global y elaboraban recomendaciones que luego serían impulsadas por los organismos multilaterales en los países de nuestra región.

Desde esta perspectiva, los términos “crecimiento” y “desarrollo” se empleaban de manera indistinta. El desarrollo era concebido como un proceso de transición de carácter progresivo y lineal. Rostow (1961) sostenía que se podían distinguir cinco etapas o estadios que los países atravesaron para alcanzar el desarrollo. El estadio más rezagado eran las sociedades tradicionales en la que, bajo su concepción, se realizaban actividades económicas de subsistencia con productividad limitada y valores culturales distintos a los de la modernidad. Estas sociedades debían configurar instituciones, patrones de producción y acceso a tecnología para caminar hacia constituirse como sociedades de “alto consumo” en las que se expandiría el mercado interno y se consumirían de forma masiva bienes duraderos, con Estados de bienestar que garantizaría seguridad social a la población (Rostow, 1961).

Esta primera corriente del desarrollo, proponía una división de la vida económica de las sociedades en dos sectores: uno tradicional y uno moderno (Escobar, 2009). Lewis (1949) sostenía que para alcanzar el desarrollo las naciones más pobres debían trasladar la mano de obra concentrada en el sector tradicional o de subsistencia hacia el sector moderno o industrial con altos niveles de productividad. Se asociaba así al sector tradicional con un sector atrasado que debía ser eliminado y no tendría nada que aportar al desarrollo, esto trajo como resultado la exclusión de estos sectores en la vida social y política (Escobar, 2009).

Dos modelos de desarrollo desplegados en América Latina en la segunda mitad siglo XX: Industrialización por Sustitución de Importaciones y el retorno a la ortodoxia con el Consenso de Washington

El paradigma de desarrollo aplicado en América Latina durante la primera mitad del siglo XX puede ser denominado como de “crecimiento hacia afuera” (CEPAL, 1995). Durante estas décadas los países latinoamericanos se concentraron en la exportación de bienes primarios: minerales y alimentos. Siguiendo la premisa del liberalismo clásico, se esperaba que para alcanzar el crecimiento económico debían concentrarse en sus ventajas comparativas como patrón de especialización en la división internacional del trabajo (García Quero y Ahumada, 2017).

La crisis económica en el marco de la Gran Depresión de 1929 frenó el ritmo

de comercio internacional ocasionando una caída de los precios de materias primas a nivel global. En América Latina se redujeron los volúmenes de exportaciones y se encarecieron los precios de los bienes importados. Este contexto visibilizó el nivel de vulnerabilidad de los países de América Latina como consecuencia del paradigma de desarrollo de “crecimiento hacia afuera”.

En este escenario, la estructura productiva de América Latina presentaba tres características marcadas: i) Escasez o inadecuada diversidad productiva y exportadora con economías basadas en exportaciones de bienes primarios; ii) Heterogeneidad estructural: con fuertes brechas de productividad entre sectores y territorios que ocasionaba una estructura ocupacional heterogénea y iii) Instituciones poco eficaces para el desarrollo (Bárcena et al, 2022)

Como respuesta a este contexto de crisis, algunos países de la región ensayaron procesos de “industrialización espontánea” en el que los Estados asumieron nuevos roles como reguladores, interventores y planificadores para contribuir al proceso de industrialización o “desarrollo hacia adentro” (CEPAL, 1995). Dándole un sustento teórico a este proceso, Raul Prebisch desde la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) sustentó su crítica a la teoría clásica del comercio internacional. Prebisch (1948) sostenía que el sistema económico mundial presentaba una división estructural en dos polos: el centro y la periferia. El polo centro estaba compuesto por los países con economías industrializadas con control de la tecnología y con altos niveles de productividad. Por otro lado, en el polo periférico se encontraban las economías que exportaban materias primas, poco diversificadas y con menos capacidad de innovación (Prebisch, 1948). Bajo esta visión, el subdesarrollo y el desarrollo no eran etapas de un proceso lineal como sostenía Rostow sino que ambos grupos de países estaban funcionalmente vinculados desde su evolución como caras de una misma moneda (Sunkel y Paz, 1970; Torres y Ahumada, 2022)

El patrón especialización productiva primario exportadora que se aplicó en América Latina trajo como consecuencia un deterioro de los términos de intercambio. Es decir, mientras los bienes manufacturados que se importaban presentaban precios con una tendencia creciente; los precios de los bienes primarios exportados por nuestra región se iban deteriorando con el tiempo. Cambios tecnológicos que desplazaban productos primarios y la poca capacidad de retener los aumentos de productividad contribuían a reforzar esta tendencia (Prebisch, 1948).

Para superar la vulnerabilidad ocasionada por el deterioro de los términos de intercambio era necesario impulsar un proceso de industrialización en los países de la periferia. La recomendación de los representantes del estructuralismo latinoamericano fue el impulso de la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI). Prebisch sostenía que el impulso de la industria en América Latina no podría desarrollarse completamente de forma espontánea debido a que los costos de producción en los países periféricos serían mayores que los del centro. La ISI se estimularía a través de una política de protección moderada y selectiva hacia las industrias nacionales. Para ello, era clave el rol del Estado en articulación con el sector privado (Prebisch, 1948; Bárcena et al, 2022).

La implementación del proceso de Industrialización por Sustitución de Importaciones en América Latina logró importantes tasas de crecimiento económico en países de la región por casi dos décadas y logró dinamizar sus economía (Pérez, 2012). Su implementación, sin embargo, fue un proceso complejo. A pesar de los esfuerzos por revertir la relación de subordinación entre el “centro” y la “periferia” estas relaciones persistieron. El “capitalismo transnacional” se consolidó durante este periodo. Es decir, se constituyeron conglomerados transnacionales que se expandieron por todo el mundo a través de la creación de sucursales para el ensamble final de sus productos. De acuerdo a Sunkel (1972) este fue uno de los factores que contribuyó a la persistencia de las relaciones de dominación entre el centro y la periferia, limitando el desarrollo de las industrias locales desencadenando un proceso de “desnacionalización y sucursalización de la industria latinoamericana” (Sunkel, 1972) que ocasionó la desarticulación de los proyectos nacionales de desarrollo.

Junto a la marcada participación de capitales extranjeros, el desarrollo industrial desplegado en América Latina durante las décadas de 1950 y 1970 presentó una frágil vocación industrializadora por parte de los empresarios nacionales y un mayor nivel de dependencia al petróleo como fuente de energía respecto a otras regiones del mundo (Fajnzylber, 1983). La matriz energética de la región en estos años fue petróleo-intensiva y este fue un factor de alta vulnerabilidad durante la crisis del petróleo que ocasionó alzas constantes durante la década de 1970s (Fajnzylber, 1983). Sumado a ello, los déficits asociados a los requerimientos de inversión en la aplicación del ISI y el incremento de endeudamiento externo público y privado con la banca internacional ocasionó una severa crisis de deuda en 18 países de la región latinoamericana (Ocampo, 2014).

Con el objetivo de brindar recomendaciones para la superación de la grave

crisis de la deuda enfrentada por países latinoamericanos, los organismos multilaterales elaboraron un programa de diez recomendaciones denominado “Consenso de Washington” (Escobal, 2009). Las recomendaciones buscaron un retorno al modelo de crecimiento hacia afuera o “desarrollo con base en el mercado”. Las medidas se concentraron en la liberalización del comercio y del ingreso de inversión extranjera directa en la región; la privatización de empresas públicas y la desregulación de mercados. El reordenamiento de prioridades de gasto público y una estricta disciplina fiscal fueron otras de las medidas del Consenso. Las recomendaciones del Consenso de Washington proponen la competencia en el mercado internacional en una supuesta igualdad de condiciones entre países con economías industrializadas y economías primarias (Ugarteche, 2018)

En síntesis, durante el siglo XX se aplicaron tres modelos de desarrollo en la región latinoamericana: i) **el crecimiento hacia afuera en el marco del paradigma de ventajas comparativas**; ii) **la sustitución de importaciones en línea con las visiones del estructuralismo latinoamericano** y iii) **una nueva fase de crecimiento hacia afuera promovido por las recomendaciones del Consenso de Washington (CEPAL, 1995)**. Esta es una caracterización de las tendencias generales en los paradigmas de desarrollo impulsados en la región, la aplicación de políticas para la implementación de estos paradigmas presentan matices en cuanto su intensidad y responden a los procesos políticos e históricos particulares de cada uno de los países que conforman la región latinoamericana.

1.2. El retorno hacia el patrón de especialización primario exportador en la región durante el siglo XXI

Los esfuerzos realizados para impulsar el desarrollo industrial en los países de América del Sur durante la segunda mitad del siglo XX permitieron avances significativos en la consolidación de sectores manufactureros, destacándose la industria automotriz, así como el sector siderúrgico y metalmecánico en Brasil y Argentina. Brasil, por ejemplo, logró incorporar productos manufacturados entre los principales componentes de su canasta exportadora de acuerdo a los datos de CEPALSTAT. Los “vehículos automotores montados o sin montar” fueron el quinto principal producto de exportación del país en 1997; las “aeronaves más pesadas que el aire” lograron posicionarse como el principal producto de exportación en el 2000 y los “motores de combustión interna” se encontraban entre el top 10 de principales productos exportados durante las décadas de 1980 y 1990*. Argentina por su parte tenía a los “vehí-

* CEPALSTAT Bases de Datos y Publicaciones Estadísticas. <https://statistics.cepal.org/portal/cepalstat/dashboard.html?theme=2&lang=es>

culos automotores montados o sin montar”, “otras partes para vehículos automotores” y a “camiones y camionetas” entre sus diez principales productos exportados en este periodo.

Las recomendaciones del Consenso de Washington se aplicaron durante la última década del siglo XX en los países de la región. La apertura comercial y la liberalización de mercados sin protección para las industrias locales tuvieron como consecuencia la “desindustrialización prematura” de las economías latinoamericanas (Rodrik, 2015). Es decir, nuestras economías transitaban hacia economías de servicios sin haber consolidado una base industrial fuerte (Rodrik, 2015).

En este periodo los países asiáticos consolidaron su desarrollo industrial. A través de la aplicación de políticas industriales activas, los Estados fomentaron industrias estratégicas en los sectores manufactureros y tecnológicos como la electrónica, acero, construcción naval y la industria de semiconductores (Perez, 2012; Cherif y Hasanov, 2019). La transformación de la canasta exportadora China entre 1995 y 2022 es un claro ejemplo de esta tendencia. En 1995, China presentaba entre sus seis principales productos exportados a: i) troncos y casos, ii) calzado de cuero, iii) receptores de radio, iv) juguetes, v) calzados de goma y v) trajes de mujer no tejidos. En contraste en 2022, sus principales productos exportados fueron: i) equipos de transmisión, ii) ordenadores, iii) circuitos integrados, iv) piezas de máquina de oficina, v) dispositivos semiconductores y vi) baterías eléctricas* (ver anexo 1).

La consolidación de estos nuevos actores en la economía global impulsó un aumento en la demanda de materias primas, manteniendo los precios al alza y dando lugar a un “boom de commodities”. Este contexto generó incentivos para la reprimarización de nuestras economías, retornando al patrón de especialización de exportación de materias primas sin incorporar valor agregado a los bienes extraídos (Torres y Ahumada, 2022).

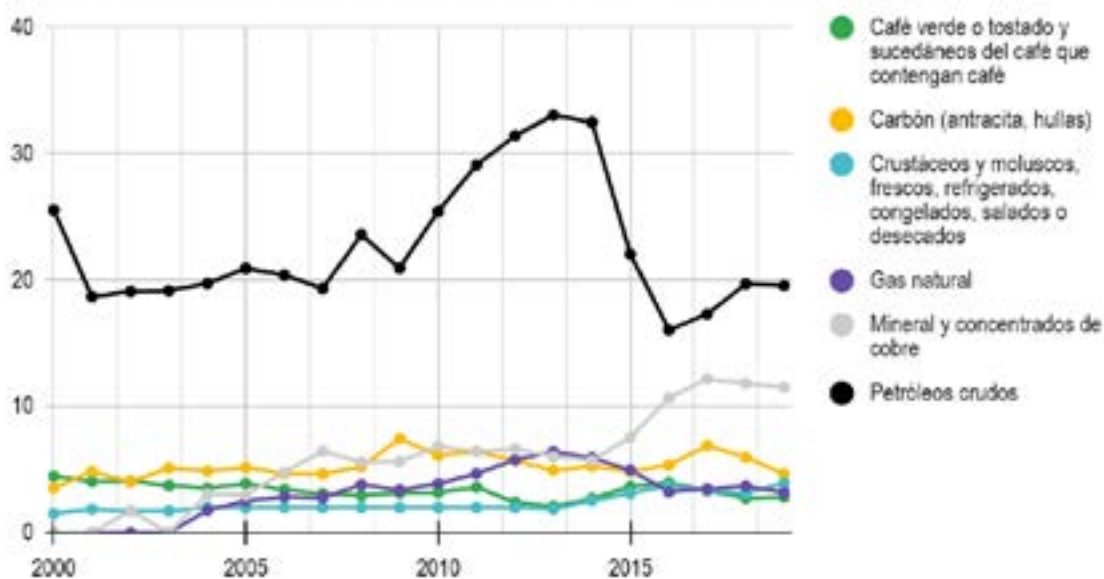
La Comunidad Andina tiene entre sus países miembros a: Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. En estos países, la tendencia hacia la reprimarización se muestra más marcada que en resto de países de la región. En la primera década del siglo XXI, las exportaciones de minerales y concentrados de cobre registraron un crecimiento sostenido en Chile y Perú mientras que Colombia y Ecuador experimentaron un aumento en la exportación de petróleo crudo. En Bolivia, las exportaciones de gas natural se incrementaron significativamente (ver anexo

* China: Índice de Complejidad Económica. Exportaciones <https://oec.world/es/profile/country/kor?yearSelector1=2000&tradeScaleSelector1=tradeScale0>

2). Aunque estos bienes ya formaban parte de la canasta exportadora de los países analizados, durante esta década mostraron una tendencia al alza más pronunciada. Como resultado, en los últimos años la canasta exportadora de estos países se compone mayoritariamente por bienes primarios como se observa en el gráfico 1.

Gráfico 1. Comunidad Andina. Exportación de los principales productos

Comunidad Andina: Exportación de los productos principales conforme a la CUCI rev.1, según participación porcentual en cada año



Elaboración propia. Fuente: CEPALSTAT Bases de Datos y Publicaciones Estadísticas

El Mercado Común del Sur (MERCOSUR) está compuesto por Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay. La evolución de la canasta exportadora en estos países refleja también una marcada tendencia hacia la reprimarización de sus economías. Entre los 10 principales productos exportados por los países agrupados en el Mercado Común del Sur, en 1989 se encontraban bienes manufacturados como calzados con suela de cuero, motores de combustión interna y vehículos automotores. Hacia el año 2019, la participación de bienes primarios se torna más importante. En este año, la canasta exportadora se compone principalmente de bienes primarios (alimentos, minerales y petróleo) solo a excepción de la participación del rubro “camiones y camionetas montadas o sin montar” en el 8vo lugar del ranking de productos exportados.

Tabla 1. MERCOSUR: Exportación de los 10 productos principales según participación porcentual en cada año.

Productos principales 1989	%	Productos principales 2019	%
Tortas y harinas de semillas oleaginosas y otros residuos de aceite vegetal	7.54%	Soya (excepto la harina fina y gruesa)	10.82%
Mineral de hierro y sus concentrados (excepto piritas de hierro tostadas)	4.80%	Petróleos crudos	8.55%
Soya (excepto la harina fina y gruesa)	3.56%	Mineral de hierro y sus concentrados (excepto piritas de hierro tostadas)	7.66%
Café verde o tostado y sucedáneos del café que contengan café	3.44%	Tortas y harinas de semillas oleaginosas y otros residuos de aceite vegetal	5.15%
___ de hierro o acero que no sean de acero fino al carbono o de aceros aleados	2.88%	Maíz sin moler	4.61%
Calzado con suela de cuero; calzado con suela de caucho o de materia plástica artificial (distinto del comprendido en la partida 85101)	2.67%	Carne de ganado vacuno, fresca, refrigerada o congelada	4.19%
Jugos de frutas y jugos de legumbres, no fermentados, estén o no congelados	2.48%	Pulpa de madera al sulfato blanqueada, con excepción de la soluble	2.41%
Aluminio y sus aleaciones, sin forjar	2.37%	Aves de corral, muertas o limpias (incluso sus despojos, excepto el hígado), frescas, refrigeradas o congeladas	2.31%
Motores de combustión interna, excepto para aeronaves	2.00%	Camiones y camionetas (incluso coches ambulancias, etc.), montados o sin montar	1.70%
Vehículos automotores, montados o sin montar, para pasajeros (que no sean ni autobuses ni vehículos para usos especiales)	1.70%	Café verde o tostado y sucedáneos del café que contengan café	1.55%

Elaboración propia. Fuente: CEPALSTAT Bases de Datos y Publicaciones Estadísticas

Durante el siglo XXI, la carne de ganado vacuno retomó su posición como uno de los principales productos exportados en Paraguay y Uruguay (ver anexo 2). Incluso en los países en los que el desarrollo industrial alcanzó estadios por encima del promedio regional, se observa una menor participación de productos manufacturados. Entre los 10 principales productos que componen la canasta exportadora argentina, se observa que la participación de productos primarios asociados a alimentos (tortas y harinas de semillas, maíz sin moler, soya y derivados, carne de ganado, trigo, crustáceos) pasaron a representar el 43.91% del total en 2019, aproximadamente el doble de su participación en 1998 (24.45%). La canasta exportadora de Brasil presentaba una importante participación de productos manufacturados como vehículos automotores, otras partes para vehículos automotores, calzado con suela de cuero, aero-

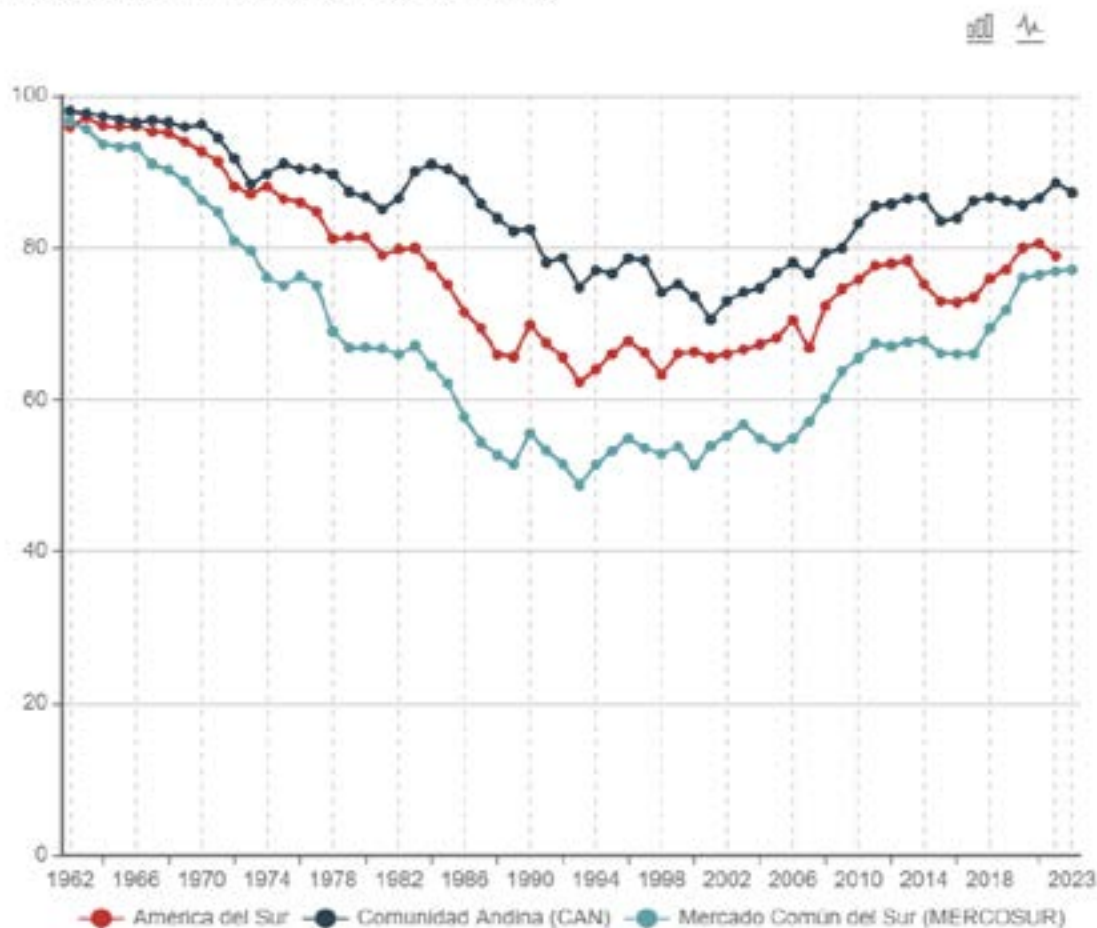
naves más pesadas que el aire y motores de combustión interna entre sus 10 principales productos exportados en 1998. En contraste en el 2019, los 10 principales productos exportados corresponden a productos primarios como la soja, el petróleo, minerales de hierro y maíz sin moler de acuerdo a las bases de datos de CEPALSTAT (ver anexo 3).

En suma, durante la segunda mitad del siglo XX la participación de los productos primarios en el total de exportaciones de los países de América del Sur se contrajo dando espacio a la participación de bienes manufacturados en la canasta exportadora. Esta tendencia se revierte durante las primeras décadas del siglo XXI con una participación mayoritaria de bienes primarios en los últimos años. Se evidencia también que los países de MERCOSUR lograron una participación más importante de bienes primarios en el total de bienes exportados durante las últimas décadas del siglo XX en comparación con los países de la Comunidad Andina de Naciones como observamos en el gráfico 2.

Gráfico 2. Exportaciones de productos primarios América del Sur y subregiones

Exportaciones de productos primarios según su participación en el total

(Porcentajes del valor total de las exportaciones FOB de bienes)



Fuente: CEPALSTAT - CEPAL - NACIONES UNIDAS

Reprimerización, élites y expansión de fronteras extractivas

Durante el siglo XXI el paradigma de desarrollo impulsado desde los organismos multilaterales y las tendencias globales en el marco del boom de precios de commodities contribuyó a la reprimerización de la canasta exportadora en los países de América del Sur. La reprimerización contribuye a reforzar la vulnerabilidad de la región ante crisis externas y precios fluctuantes. Con la participación de nuevos actores, el “centro” se ha ampliado incorporando los Tigres Asiáticos como nuevas economías industrializadas. Mientras que en nuestra región se evidencia la persistencia de la condición “periférica” en este nuevo contexto.

El retorno hacia un modelo de desarrollo primario exportador y el incremento de la demanda internacional por bienes primarios como los alimentos, minerales e hidrocarburos ha generado una presión por la ampliación de fronteras extractivas en nuestra región para responder a la demanda creciente. La expansión de fronteras extractivas se ha extendido a ecosistemas cada vez más frágiles (Gudynas, 2015). En el siglo XXI, estas actividades son más intensivas en la apropiación de recursos naturales, durante el proceso de extracción requieren mayores cantidades de agua, energía, materia y utilizan sustancias químicas que pueden contaminar los ecosistemas en los que se despliegan (Gudynas, 2015).

Las actividades extractivas en el siglo XXI se realizan a gran escala, son intensivas en capital y requieren mano de obra especializada (Arellano, 2011). Esto genera nuevas tensiones por el acceso a recursos en los territorios aledaños debido al fuerte impacto de esta actividad en los medios de vida de las poblaciones que ya se encuentran vulnerables ante las consecuencias de la crisis climática en la región latinoamericana (Arellano, 2011).

A diferencia de sectores manufactureros que incorporan valor agregado a los bienes primarios, estos procesos son poco intensivos en el uso de mano de obra generando menos puestos de trabajo formales, reforzando la heterogeneidad estructural y sus consecuencias en la estructura ocupacional de la región como observaremos en la sección 1.3.

El crecimiento económico basado en la explotación de commodities en las últimas décadas no ha logrado superar la heterogeneidad estructural en nuestra región. Todo lo contrario, los beneficios se han concentrado en las élites económicas con fortunas asociadas a la explotación de nuestros bienes comunes (Oxfam, 2024). Así, mientras la consolidación de fortunas a escala

global se ha vinculado al sector tecnológico, en nuestra región las fortunas de los mil millonarios se encuentran vinculadas a la minería, los hidrocarburos, el sector agroindustrial y los servicios financieros (Oxfam, 2024; Bloomberg, 2025).

La expansión del sector tecnológico ha impulsado nuevas tendencias en América Latina. Con la “revolución tecnológica” han emergido “oligopolios financieros y monopolios intelectuales” en los que convergen “tecnologías digitales, físicas y biológicas” (Torres y Ahumada, 2022). Este nuevo escenario económico requiere de mayores niveles de extracción de rentas financieras y rentas asociadas a los recursos naturales. Esta tendencia tiene como resultado la expansión de fronteras extractivas en regiones “periféricas”. Es decir, ha contribuido a la reprimarización de nuestras economías para acceder a minerales metálicos necesarios en la fabricación de dispositivos tecnológicos (Torres y Ahumada, 2022).

La acumulación de riquezas en nuestra región ha continuado asociada a la exportación de materias primas. Entre los 500 multimillonarios con mayores fortunas listados por el Índice de Bloomberg, 15 provienen de América Latina. Sus fortunas están asociadas a la exportación de minerales, alimentos y bebidas como es el caso de German Larrea (top 52 global) en México, Iris Fontbona (top 55 global) en Chile, Jorge Paulo Lemann (top 95 global) en Brasil, Alejandro Santo Domingo (top 154 global) en Colombia y Marcel Telles (top 297 global) en Brasil. El sector financiero asume un rol importante también en la concentración de fortunas de los mil millonarios latinoamericanos. (ver anexo 1)

La élite económica en América Latina se encuentra concentrada en actividades extractivas y financieras en el siglo XXI. Se evidencia una persistencia respecto a las tendencias del siglo XX. Ya en el siglo XX, se identificaba que la concentración en actividades extractivas traía como consecuencia un rezago respecto a las élites de países desarrollados debido a la volatilidad de precios de productos extractivos y la debilidad de los términos de intercambio. Como resultado, las élites locales enfrentaban una restricción en la formación de capital interno, consolidando así un círculo vicioso que impedía caminar hacia el desarrollo (Nurkse, 1960).

La comodidad de las élites locales en la especialización de bienes primarios ha sido un factor limitante en la implementación de procesos de industrialización en América Latina. Esta “fragilidad de la vocación industrializadora del empresario” en las élites latinoamericanas es sustentada por Fajnzylber (1972) en “La Industrialización Trunca de América Latina”. Sin liderazgo efectivo y con

poca voluntad de innovar y competir significativamente, las elites locales se han conformado con centrarse en industrias como la banca y la explotación de recursos naturales. Fajnzylber (1972) resalta la diferencia marcada con las elites económicas de los países asiáticos en el mismo periodo, segunda mitad del siglo XX, quienes aprovecharon las políticas aplicadas por sus Estados para proteger a las industrias nacientes hasta volverse competitivas en el mercado global.

Esta situación brinda las condiciones para lo que Francisco Durand define como “captura corporativa” (Durand, 2019). Al combinarse el poder político con la riqueza, los individuos pueden operar por fuera de las leyes en actividades que pueden dañar a la sociedad en su conjunto (Schorr, 2018). Las élites latinoamericanas se concentran en industrias como la extracción de petróleo, la minería o la producción agroindustrial, sectores que requieren grandes inversiones y rinden beneficios elevados, pero que pueden generar incentivos para un comportamiento insostenible ante la ausencia de políticas de protección ambiental. Ante la ausencia de protección ambiental, los recursos naturales son depredados en lo que Radhuber (2016) denomina “apropiación barata” (Schorr, 2018). Las consecuencias de la contaminación ambiental terminan concentrándose en los sectores con menos recursos, reforzando la desigualdad debido a afectaciones en la salud, seguridad alimentaria y en acceso a recursos de agua (Schorr, 2018).

1.3. Empleo e informalidad en la región durante el siglo XXI

El modelo de desarrollo de “crecimiento hacia afuera” aplicado en América Latina durante la primera mitad del siglo XX configuró una estructura productiva y ocupacional heterogénea como sustentaron los representantes del estructuralismo latinoamericano. Sectores con altos niveles de productividad y acceso a tecnología orientados a la exportación coexistían con sectores de subsistencia y baja productividad. Esta estructura productiva heterogénea daba lugar a una estructura ocupacional con características similares.

En respuesta a la heterogeneidad productiva y ocupacional de la región latinoamericana, Arthur Lewis, posteriormente reconocido con el premio Nobel de economía, sustentaba que nuestros países debían trasladar la mano de obra de los sectores de subsistencia, particularmente del sector agrario en zonas rurales hacia el sector industrial urbano. Las misiones de los organismos multilaterales en nuestros países preescribían estas recomendaciones. El resultado es harto conocido, la migración del campo a la ciudad no trajo consigo la absorción de la mano de obra agraria en el sector industrial. Todo

lo contrario, generó una nueva dicotomía en el sector urbano: el sector formal y el informal (Hosseini, 2012).

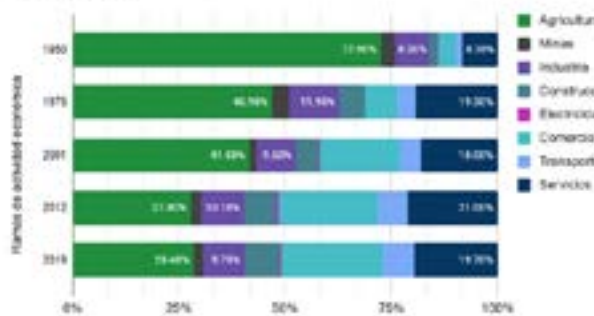
Ya en el siglo XXI, la composición de la canasta exportadora de los países de América del Sur viró hacia el paradigma de desarrollo de “crecimiento hacia afuera” con una mayor participación del sector primario exportador esta vez atendiendo a la demanda de nuevas economías industrializadas. Las actividades extractivas realizadas en la región sin embargo presentan nuevas características. La minería por ejemplo en el siglo XX era relativamente más intensiva en el uso de mano de obra, esta característica ha cambiado de forma considerable hacia el siglo XXI en este sector y en otros asociados a la extracción de bienes primarios. Este cambio agudiza aún más la heterogeneidad de la estructura ocupacional de la región.

Tendencias en la estructura ocupacional en CAN y MERCOSUR

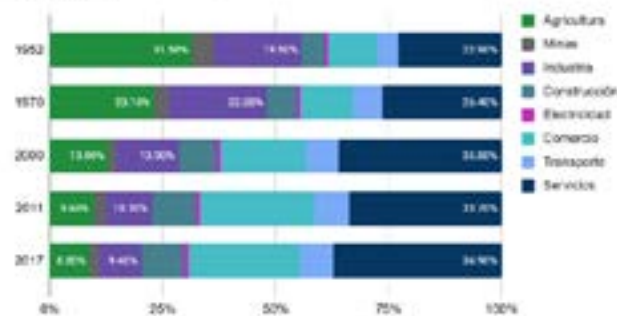
Durante la aplicación de los tres paradigmas de desarrollo en el periodo analizado, los países de la Comunidad Andina presentaron más resistencias en el cambio de su patrón de especialización primario exportador. La tendencia en la composición de la población económicamente activa (PEA) por ramas de actividad da cuenta de cambios importantes en la participación del sector agrario. El sector agrario alcanzó a emplear al 72.5% de la PEA en Bolivia en 1950 y a más del 50% de la PEA en Colombia, Ecuador y Perú entre las décadas de 1950 y 1960. Incluso en Chile con una participación del 31.5% en 1952, este sector era el principal sector en la generación de puestos de trabajo. La participación del sector fue disminuyendo en las décadas siguientes encontrándose por debajo del 30% en todos los países de la Comunidad Andina de Naciones hacia el 2019. Sin embargo, a pesar de esta reducción sigue estando entre los tres principales sectores generadores de empleo en Bolivia, Ecuador y Perú.

Gráfico 3. Países de la Comunidad Andina de Naciones. Estructura de la PEA por ramas de actividad.

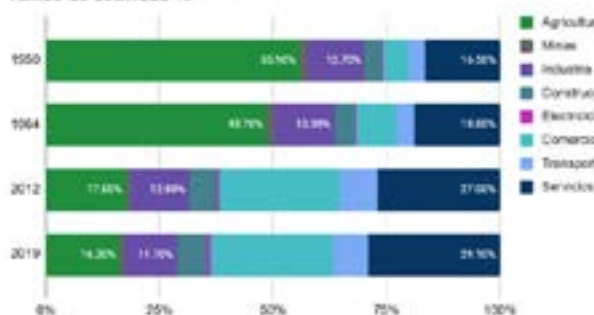
Bolivia: Estructura de la población económicamente activa por ramas de actividad %



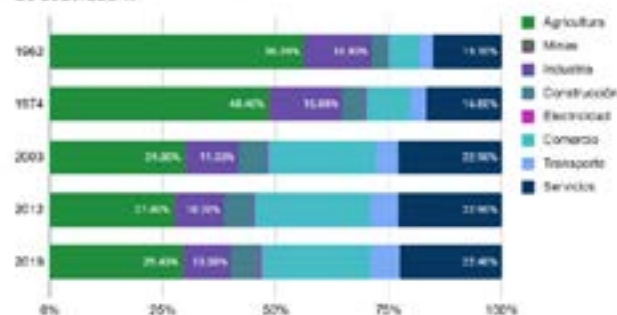
Chile: Estructura de la población económicamente activa por ramas de actividad %



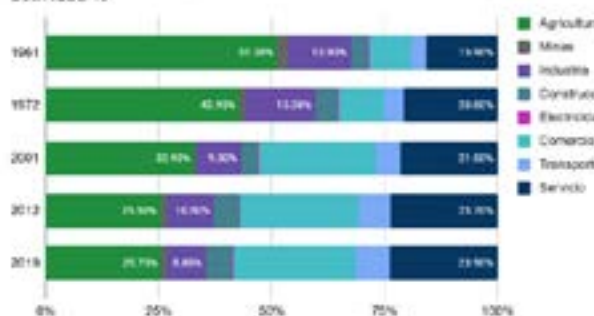
Colombia: Estructura de la población económicamente activa por ramas de actividad %



Ecuador: Estructura de la población económicamente activa por ramas de actividad %



Perú: Estructura de la población económicamente activa por ramas de actividad %



Elaboración propia. Fuente: CEPAL División estadística y análisis cuantitativo (1979) y CEPALSTAT

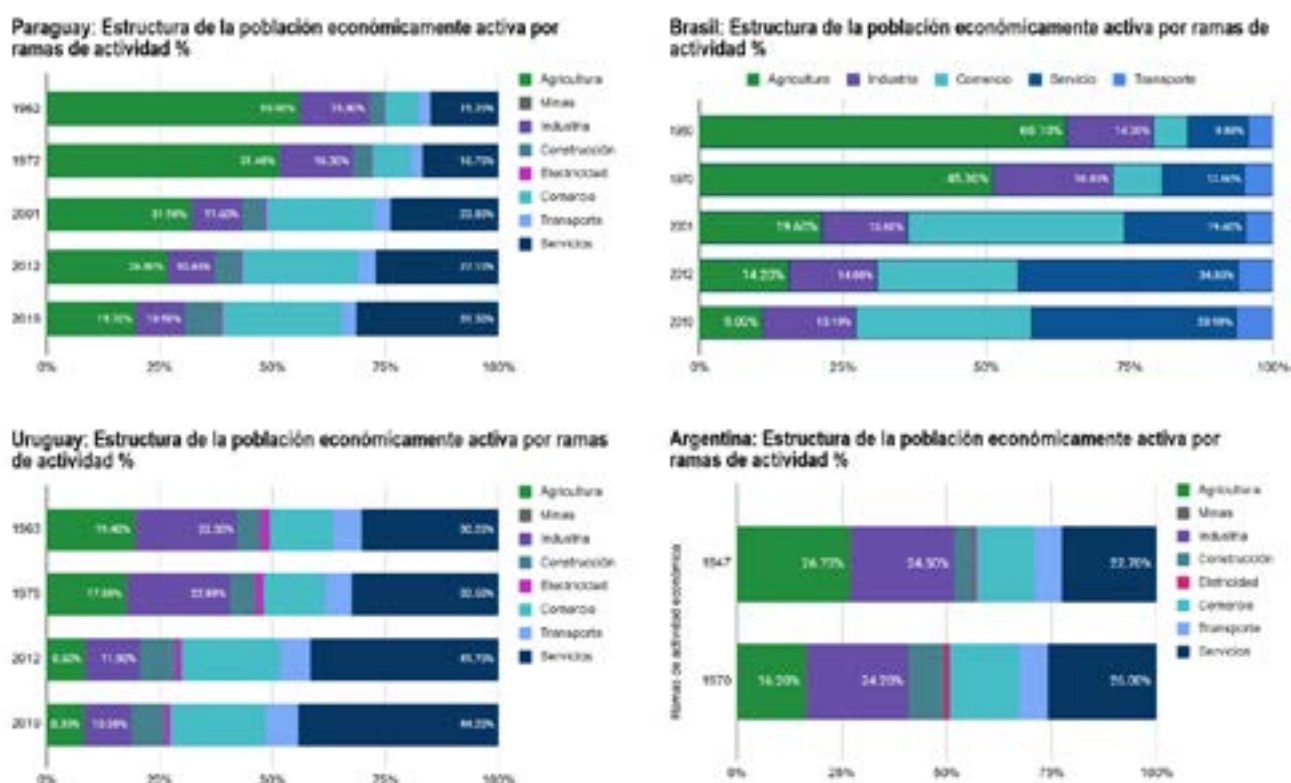
El sector servicios presenta la tendencia inversa. La participación de este sector se encontraba por debajo del 16% entre 1950 y 1960 para los países de la Comunidad Andina de Naciones (CAN), solo a excepción de Chile. Hacia el final del periodo analizado este sector es el principal generador de puestos de trabajo junto con el comercio en todos los países analizados.

Finalmente, los esfuerzos por promover un desarrollo industrial en la región latinoamericana se puede identificar en la leve tendencia al alza hacia la década de 1970. Sin embargo, durante el siglo XXI este sector va perdiendo par-

participación. Es particularmente notable el caso chileno en el que la industria pasó de emplear al 19.5% de la población económicamente activa en 1950 a encontrarse por debajo del 10% en el 2017.

En el caso de los países del Mercado Común del Sur, la agricultura presenta también una tendencia decreciente desde la segunda mitad del siglo XX hacia el siglo XXI. La participación del sector servicios se triplica en Brasil y se duplica en Paraguay entre 1950 y 2019. La industria presenta una reducción marcada en todos los países del MERCOSUR.

Gráfico 4. Países del Mercado Común del Sur. Estructura de la PEA por ramas de actividad.

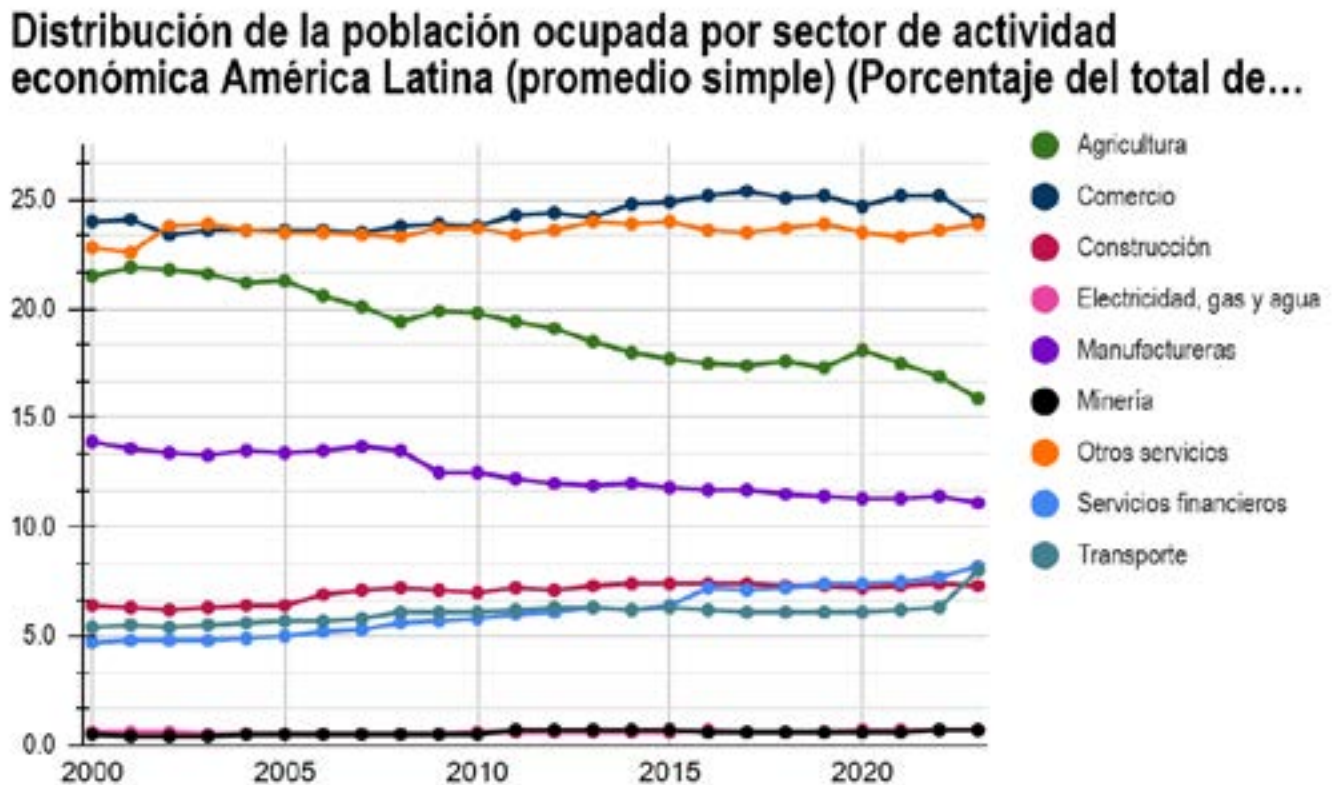


Elaboración propia. Fuente: CEPAL División estadística y análisis cuantitativo (1979) y CEPALSTAT

En el siglo XXI, la estructura ocupacional latinoamericana se concentra en sectores de baja productividad. Los sectores con mayor participación en la canasta exportadora son poco intensivos en mano de obra, por ello no tienen una representación significativa en los gráficos analizados para los países de América del Sur. Si revisamos la distribución del empleo en grandes sectores, en los últimos años, más del 60% de la población económicamente activa se concentra en el sector servicios, mientras que los sectores industrial y agrario presentan una participación por debajo del 20% (ver anexo 4). Se confirma así

la tendencia identificada por Rodrik (2015), las latinoamericanas han transitado en estas últimas décadas hacia economías de servicios en la composición de su mercado interno con menor participación de la agricultura y la industria.

Gráfico 5. Distribución de la PEA en América Latina 2000- 2022 (porcentajes)



Elaboración propia. Fuente: CEPALSTAT Estadísticas demográficas y sociales. Ocupación.

Informalidad y vulnerabilidad

Durante el siglo XX, el paradigma de desarrollo basado en la promoción del crecimiento de los sectores urbanos y “modernos” de los países menos desarrollados, promovió olas migratorias del campo a la ciudad. Familias enteras dejaron el sector tradicional agrícola. Sin embargo, el sector moderno no alcanzó a absorberlos. El sector industrial en América Latina durante el siglo XX presentaba un crecimiento aún insuficiente, la producción en este sector no era intensiva en el uso de mano de obra y los trabajadores del sector agrícola no estaban capacitados para una rápida inserción en el sector industrial. Para revertir el desempleo, muchos individuos se autoemplearon por fuera de la formalidad. Surgió así una nueva dicotomía en los centros urbanos: la informalidad vs la formalidad (Hosseini, 2012)

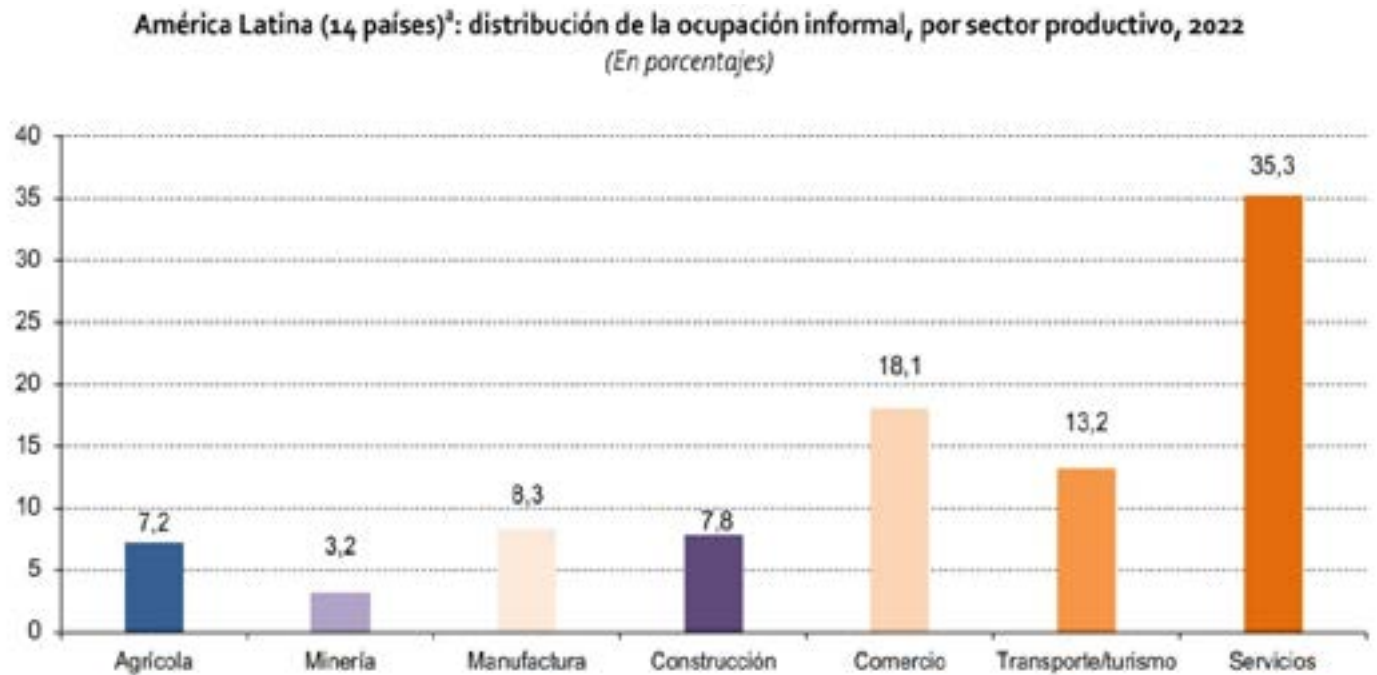
Fue recién en 1970, que los economistas del desarrollo notaron la existencia de “trabajadores ocultos” en los sectores urbanos conformados por trabajadores desempleados del sector urbano convertidos en autoempleados. Estos trabajadores “generaban ingresos por fuera del mercado laboral formal. Como alternativo al sector formal o complementado sus ingresos en el sector formal” introduciendo así el término “sector informal” (Hart, 1973). Los trabajadores del sector informal poseían medios de sobrevivencia que no eran detectados por medidas usadas por la economía tradicional, no estaban empleados formalmente, no tenían pensiones y carecían de un ingreso económico formal detectable (Hosseini, 2012)

La definición de empleo informal ha variado con los años, en la década de 1980, la Organización Internacional del Trabajo definió al empleo informal como trabajo no regulado y no protegido. En los años posteriores, la definición se amplió a la falta de acceso a seguridad social, ausencia de protección laboral y precariedad del ingreso abarcando a trabajadores por cuenta propia, a asalariados que trabajan en empresas no registradas o no reguladas y a trabajadores domésticos no remunerados (Pineda et al, 2024)

Con la aplicación de recomendaciones del Consenso de Washington la expansión de actividades en el sector servicios incrementó la participación de la población económicamente activa en el sector informal. La informalidad se ha mantenido alta durante el siglo XXI incluso a pesar de los años de crecimiento económico de la producción en el marco del boom de precios de commodities. En estos años, las tasas de crecimiento del empleo en América Latina se han ralentizado. Entre 2013 y 2022, la región registró la tasa de crecimiento del número de ocupados más baja desde 1950. Para este periodo, la cantidad de personas empleadas en el sector formal creció solo un 3.3% mientras que en el sector informal el incremento fue de 18.6% (Pineda et al, 2024).

La informalidad se agudiza en sectores de baja productividad como la agricultura, el sector servicios y el comercio como se observa en el gráfico a continuación. Estos sectores suelen ofrecer bajos salarios y contratos a plazos fijos sin pleno acceso a derechos laborales. ni protección social (CEPAL, 2019). Muchos trabajadores en estos sectores laboran por cuenta propia o en microempresas con falta de acceso a capital y tecnología que limitan la mejora en la productividad y eficiencia en los procesos productivos restringiendo el crecimiento y formalización (CEPAL, 2019).

Gráfico 6. América Latina. Distribución de la ocupación informal por sector productivo



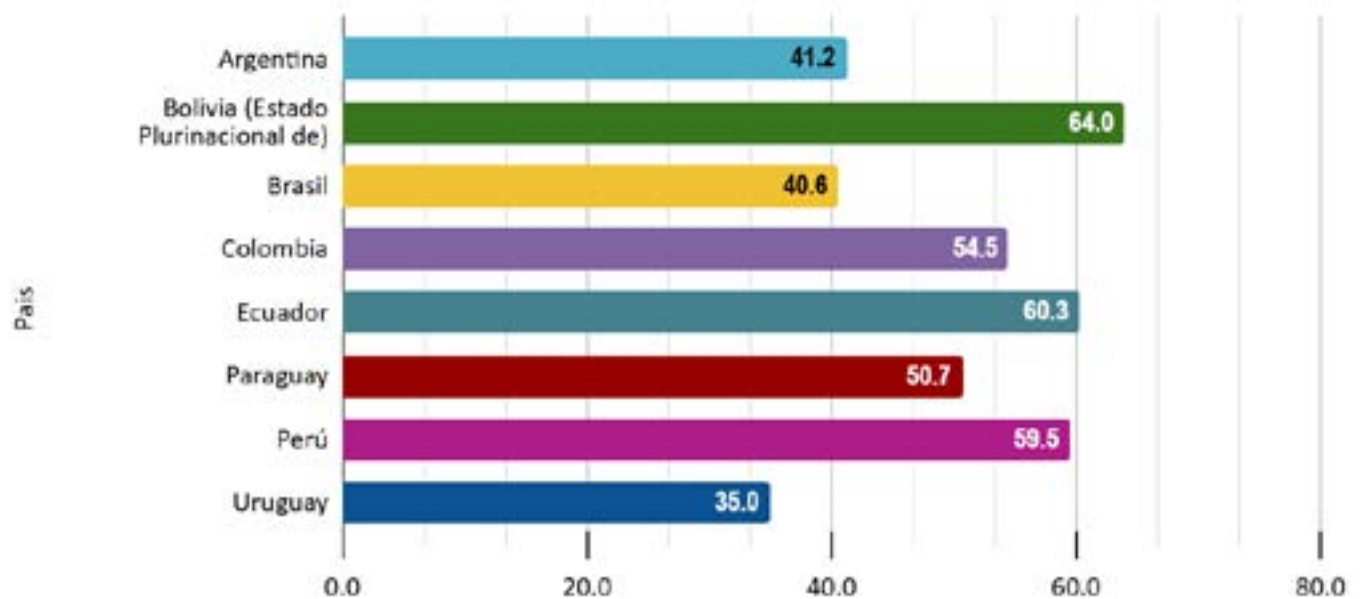
Fuente: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), sobre la base de cifras oficiales.

^a Argentina, Bolivia (Estado Plurinacional), Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, México, Panamá, Paraguay, Perú, República Dominicana y Uruguay.

Elaborado por Pineda et al 2024

Gráfico 7. PEA ocupada urbana en sectores de baja productividad América del Sur 2019

Población ocupada urbana en empleos de baja productividad América del Sur 2019 (%)

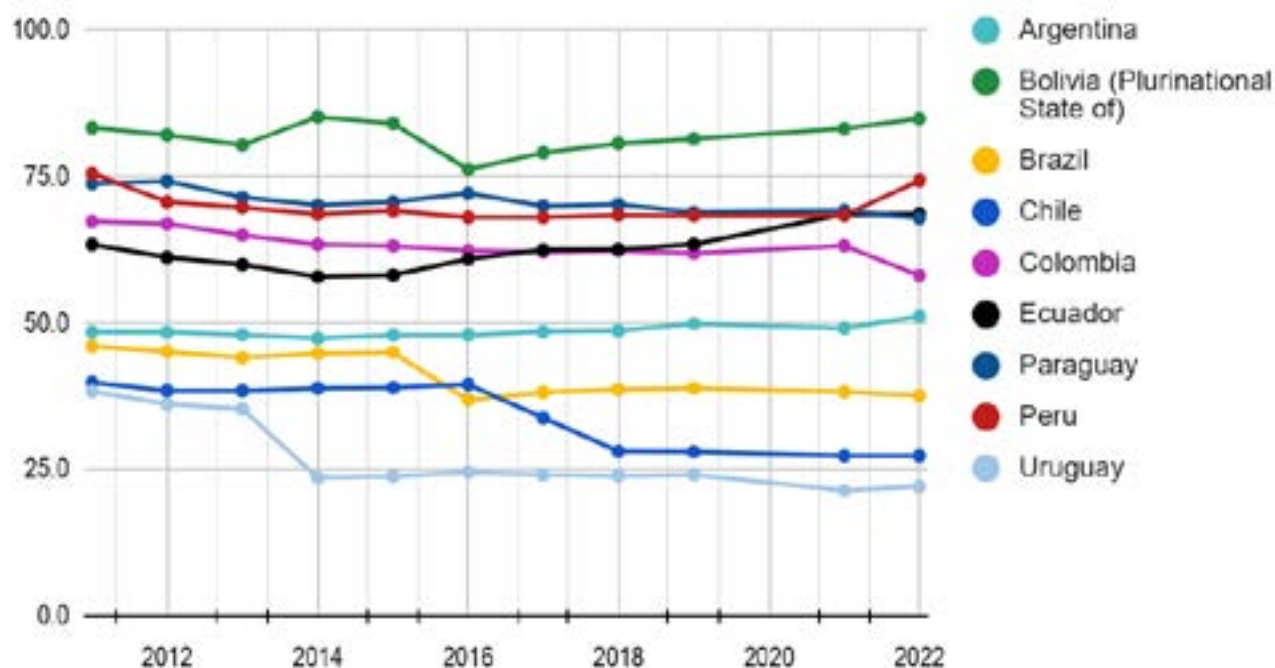


Elaboración propia. Fuente: CEPALSTAT Estadísticas demográficas y sociales. Ocupación.

Más de la mitad de trabajadores se encuentran empleados en el sector informal en países de América del Sur como Bolivia, Perú, Paraguay y Ecuador. Mientras que en Argentina, Brasil y Chile este sector emplea a 1 de cada 4 trabajadores. Esta proporción presenta una tendencia creciente en la última década (ILOSTAT). La informalidad se asocia con altos niveles de precariedad, bajos salarios, inseguridad en el empleo y ausencia de acceso a seguros de salud y pensiones. Así, los trabajadores informales presentan serias dificultades para acceder a recursos que les permitan mejorar sus condiciones de vida agudizando la vulnerabilidad (Pineda et al, 2024).

Gráfico 8. Proporción de empleo informal países de América del Sur

OIT Proporción de empleo informal por sector en países de América del Sur (%)



Elaboración propia. Fuente: ILOSTAT

2. “Del consenso de los commodities al consenso de la descarbonización”: Crisis climática y transición energética

En los últimos años, eventos climáticos extremos han acontecido con más frecuencia afectando a millones de personas en todo el planeta. Los países de América del Sur son particularmente más vulnerables a los efectos de la crisis climática debido a la biodiversidad que albergan sus ecosistemas (CAF, 2023). La gravedad de la crisis ecológica que enfrenta el mundo ha llevado a los países del Norte global a proponer salidas en el marco de una transición energética que permita disminuir la dependencia hacia los combustibles fósiles. Esta transición sin embargo está significando un incremento de la demanda por minerales para la transición en nuestra región manteniendo el patrón primario exportador de nuestros países. En esta sección se discuten los paradigmas de desarrollo en este nuevo “consenso de la descarbonización” (Bringel y Svampa, 2013) y se presentan las discusiones sobre alternativas desde el Sur global.

2.1. Sequías, inundaciones y pérdida de biodiversidad: América del Sur en un contexto de crisis climática

El paradigma de desarrollo impulsado en el marco del Consenso de Washington sostenía que para alcanzar el crecimiento económico debíamos aprovechar nuestras ventajas comparativas, es decir nuestra riqueza en recursos naturales. La exportación de bienes primarios, bajas tasas de inflación y el equilibrio fiscal serían las claves del desarrollo bajo este paradigma a través de la supresión de barreras al libre comercio y la integración de economías nacionales en el marco de la expansión del proyecto de globalización (Stiglitz, 2001; Ugarteche, 2018).

A escala global, desde la consolidación del capitalismo industrial en 1750, la organización de la producción dejó de estar orientada hacia la reproducción social de la vida priorizando ahora la acumulación de capital. En la apuesta por la expansión continua de la producción y el consumo, se incrementa también la demanda por bienes primarios para la producción: energía, agua, minerales,

cambios de uso de suelo, etc (Saito, 2022). El vínculo entre el ser humano y la naturaleza se ve limitado por este modo de apropiación capitalista y no logra garantizar un principio de restitución entre la naturaleza y la acción humana (Foster, 2000). Se produce sin tomar en consideración el agotamiento o la degradación de los ecosistemas incluso poniendo en riesgo la potencial utilización de los mismos en futuros procesos productivos (Sabatella y Tagliavini, 2011). Esto ha llevado a la expansión de fronteras de producción y extracción hacia ecosistemas cada vez más frágiles.

La quema de combustibles fósiles como principal fuente de energía genera grandes cantidades de dióxido de carbono (CO₂). El CO₂ se acumula en la atmósfera ocasionando un “efecto invernadero” o se disuelve en los océanos tornándose más ácidos. El dióxido de carbono retiene el calor del sol en la atmósfera y evita que se escape al espacio, esto genera incrementos en la temperatura atmosférica impactando en el metabolismo planetario (Raez, 2019). De acuerdo al IPCC (2021) el incremento exponencial de las emisiones de dióxido de carbono en la atmósfera tienen como punto de partida el año 1750. Es decir, el cambio climático asociado al efecto invernadero ha sido acelerado y causado por la influencia humana (IPCC, 2021). Siendo más precisos por la forma de organizar la producción y la vida social en el marco del capitalismo industrial.

Si bien desde estos años se observa un incremento en las emisiones de CO₂ en la atmósfera, la mayor proporción de emisiones contaminantes ocurren durante el periodo 1990-2019. El 46% de las emisiones históricas de carbono han sido emitidas en los últimos 30 años, como documenta el World Inequality Report (2022) con series históricas de emisiones de carbono en el periodo 1850-2019 (ver anexo 5). Este periodo coincide con el proceso de globalización empujado desde occidente durante estos años y la inclusión de nuevas economías industrializadas en el comercio internacional.

Las emisiones de dióxido de carbono por el uso de combustibles fósiles han aumentado a su máximo histórico en el 2024. Científicos en todo el mundo han sustentado que “estamos al borde de un desastre climático irreversible” como sostienen Rippel et al (2024) en un artículo académico publicado por la Universidad de Oxford. Se han superado los límites ecológicos y gran parte del tejido mismo de la vida en la Tierra está en peligro. Enfrentamos una fase crítica e impredecible de la crisis climática de acuerdo a estos autores y las políticas actuales no tienen la fuerza suficiente para detener el colapso en marcha (Rippel et al, 2024). El ritmo de producción y acumulación capitalista aspira a la expansión continua, sin embargo se enfrenta a los límites físicos

objetivos de la naturaleza. Al no tomar en cuenta los ciclos de regeneración de los ecosistemas ha terminado degradando las condiciones propias de producción llevándonos al contexto actual de crisis climática (O’connor, 2001; Saito, 2022)

¿Qué papel ha jugado la región en este proceso y qué consecuencias enfrentamos?

América Latina es la segunda región del mundo con menor “contribución” al histórico de emisiones de dióxido de carbono. Del total de gases de efecto invernadero (GEI) emitidos entre 1850-2022, América Latina emitió solo el 6%, mientras China, Europa y Norteamérica emitieron el 11%, 22% y 27% del total respectivamente en el periodo analizado* (ver anexo 6). En 2019, las emisiones per cápita de la región se encuentran por debajo del promedio mundial, sumando un total de 4.8 toneladas de CO₂ per cápita anual por persona frente a las 6,6 toneladas del promedio global (WIL, 2022). Las emisiones de GEI de la región América Latina y el Caribe son relativamente modestas. Están compuestas por emisiones asociadas a la agricultura y los cambios de uso de tierra (47% del total de emisiones de GEI en LAC 2018) y por las emisiones de sistemas energéticos vinculados a la quema de combustibles fósiles (43% del total de emisiones de GEI en LAC 2018). Brasil y Argentina son los países con mayores niveles de emisiones en América del Sur (Banco Mundial, 2021)

A pesar de ello, América Latina es una de las regiones más afectadas y más vulnerables ante los eventos climáticos extremos asociados a la crisis climática (CAF, 2023). En esta revisión discutimos dos de los mayores impactos de la crisis climática en nuestra región: i) Amazonía y pérdida de biodiversidad y ii) Fenómenos climáticos extremos, agua y seguridad alimentaria

Amazonía y pérdida de biodiversidad

En América del Sur se encuentran 5 de los 10 países más megadiversos del mundo: Brasil, Colombia, Perú, Ecuador y Venezuela. Junto a México, estos seis países albergan al 60% de la biodiversidad biológica y un tercio del agua dulce del planeta (PNUMA, 2021). Lamentablemente nuestra región presenta las cifras más críticas de pérdida de biodiversidad. Desde 1970 hasta el presente, las poblaciones de todas las especies presentan un declive promedio del 94% en la región latinoamericana de acuerdo al Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF, 2022). La diversidad de especies en agua dulce es alta en nuestra re-

* World Inequality Lab (2022) Chapter 6: Global carbon inequality en World Inequality Report

gión. Los procesos de expansión de fronteras productivas y extractivas ocasionan mayor presión sobre ecosistemas acuáticos e impactan en la pérdida de diversidad de especies que habitan en estos ecosistemas (WWF, 2022)

Nueve países de América del Sur comparten el bioma Amazónico. La Amazonía es el bosque tropical más extenso del mundo. El ecosistema amazónico es un almacén de carbono estratégico para todo el planeta (Tandon, 2023). El agua evaporada en los humedales amazónicos actúa como un “amortiguador climático” al enfriar la temperatura atmosférica (DW, 2024). Tanto por su rol estratégico en el ciclo regional del agua y en ciclo global del carbono, la Amazonía es un ecosistema de importancia global (Lovejoy y Nobre, 2018)

La deforestación del bosque amazónico en las últimas décadas pone en riesgo la capacidad del ecosistema amazónico para mantener sus niveles de humedad. El bosque amazónico por su extensión es capaz de generar su propias precipitaciones al preservar su humedad, con el avance de la deforestación y el incremento de temperaturas esta capacidad se debilita haciéndose más vulnerables a incendios forestales que agudizaron el ciclo de pérdidas de extensión forestal (Lovejoy et al, 2018). Los científicos han venido alertando en los últimos años del riesgo de que la deforestación alcance un “punto de no retorno” en el que la Amazonía pierda sus niveles de humedad transformándose en un ecosistema de sabana. Esta transformación traería consecuencias catastróficas en todo el ciclo hídrico de América del Sur (Lovejoy et al, 2018)

La sabanización de la Amazonía aumentaría de forma exponencial la cantidad de gases de efecto invernadero de la región, el nivel sería equivalente al total de GEI emitidos en varios años a escala global de acuerdo al Banco Mundial (2021). Sumado a ello, la degradación del ecosistema amazónico traería graves consecuencias para los pueblos indígenas que viven en la Amazonía, perderán el acceso a sus medios de vida: alimento, agua, transporte y saberes ancestrales asociados a este ecosistema (WWF, 2022)

Fenómenos climáticos extremos, agua y seguridad alimentaria

La crisis climática ha ocasionado el incremento de la temperatura atmosférica. Fenómenos climáticos periódicos como el fenómeno de El Niño (FEN) se han tornado cada vez más frecuentes e intensos. En el 2023, el FEN trajo graves consecuencias en el acceso a agua por las prolongadas sequías que enfrentaron los países de América del Sur. La Organización Meteorológica Mundial (2024) registró que durante el 2023 las lluvias se tornaron muy inferiores en la cuenca amazónica. La falta de agua en la cuenca de la Plata afectó a Uruguay,

Argentina y Brasil (OMM, 2024). Las costas de Ecuador y Perú enfrentaron intensas lluvias e inundaciones que impactaron en la producción agraria. (OMM, 2024). Las sequías agudizaron un contexto de inseguridad alimentaria en la región con 43.2 millones de personas en América Latina enfrentando hambre y 36.5% de la población de América del Sur con inseguridad alimentaria (ONU, 2022)

El incremento de la temperatura atmosférica trae como consecuencia una subida de los niveles del mar, esto pone en riesgo a la población que vive en zonas costeras por posibles inundaciones, contaminación de acuíferos de agua dulce y erosiones en el litoral (OMM, 2024). El fenómeno de El Niño ocasiona también lluvias intensas e inundaciones. En los últimos años, el incremento de precipitaciones y aumento de temperaturas han ampliado el alcance de enfermedades como la incidencia de dengue. En 2019, se registró la cifra más alta histórica de personas contagiadas de dengue en las Américas (OMM, 2024). Así, en América Latina son las ciudades las que concentran el 80% del total de pérdidas causadas por eventos climáticos extremos (Banco Mundial, 2021).

2.2. Del consenso de los commodities al consenso de la descarbonización: La transición energética propuesta desde el Norte global

Las recomendaciones del Consenso de Washington (CW) promovieron la liberalización del comercio eliminando barreras arancelarias, la atracción de inversión extranjera directa sin restricción y la orientación hacia una canasta exportadora basada en ventajas comparativas. En los años posteriores a la implementación de estas recomendaciones, el incremento de la demanda global por bienes primarios ante la expansión de las potencias emergentes y por ende el incremento de los precios de estos bienes empezó a configurar un nuevo orden económico y político (Svampa, 2012). Este escenario fue denominado como el de un “consenso de commodities”. En los últimos años, la crisis climática y la transición energética han puesto en marcha un nuevo consenso, el de la “descarbonización” (Bringel y Svampa, 2023). Las continuidades y diferencias entre estos procesos se presentan en esta sección.

“Del Consenso de Washington al Consenso de los Commodities”

Durante la primera década del siglo XXI, el incremento de precios de los bienes primarios ha llevado a una marcada intensificación de la exportación de estos bienes a gran escala desde los países de América del Sur (Svampa, 2012). Alimentos como el maíz, la soya y el trigo, minerales como el oro y el cobre e hidrocarburos volvieron a posicionarse como los principales productos en la

canasta exportadora de la región. Así, se configuró una matriz extractiva que incorpora también a nuevos sectores como los agronegocios y a la producción de biocombustibles (Svampa, 2012). Este proceso de reprimarización en el patrón de especialización de los países de la región ha sido caracterizado como el de un “Consenso de los commodities”

El “Consenso de los commodities” presenta continuidades con el “consenso” previo. De hecho, fueron las recomendaciones del CW las que sentaron las bases normativas y jurídicas para la consolidación de este nuevo proceso. El “Consenso de Commodities” (CC) se diferencia en la flexibilidad respecto al rol que juega el Estado en este proceso. Durante los años de implementación del CC han coexistido gobiernos progresistas críticos al consenso neoliberal junto con gobiernos conservadores alineados con el neoliberalismo (Svampa, 2012).

En el marco de este nuevo consenso se implementaron modelos de acumulación basados en la exportación de recursos naturales que buscaron redistribuir las rentas extractivas e implementaron políticas de inclusión socioeconómica basadas en estos recursos (Riofranco, 2020). Sin embargo, sostuvieron y en algunos casos intensificaron procesos de “acumulación por despojo” de tierras, recursos y territorios (Harvey, 2004) configurando un “desarrollo extractivista” ampliando fronteras extractivas y sobre-explotando recursos naturales renovables y no renovables (Gudynas, 2009; Svampa, 2012).

Los indicadores de producción per cápita crecieron durante estos años en casi todos los países de América del Sur impulsados por el boom de precios de commodities (Campodónico y Mendoza, 2023). En contraste, la contaminación y el despojo de medios de vida de las comunidades aledañas a los territorios desde donde se realiza la extracción generaron escenarios de conflicto (Riofranco, 2020). Como resultado, durante estos años crecieron también los conflictos socioambientales por el control y acceso a recursos naturales y el territorio en la región en un contexto de crisis climática global (Svampa, 2012).

“El Consenso de los Commodities al Consenso de la Descarbonización”

Habiendo identificado que el uso de combustibles es el principal responsable de las emisiones de gases de efecto invernadero causantes de la crisis climática, en los últimos años se impulsa desde organizaciones multilaterales y algunos gobiernos del Norte global una transición energética hacia energías “limpias”. El partido demócrata en Estados Unidos impulsó la aprobación de un “Green New Deal” y en Europa la Comisión Europea impulsó un “Pacto Ver-

de Europeo” con el objetivo de convertirse en economías “carbono neutrales” (Bringel y Svampa, 2023).

El “consenso de la descarbonización” configura un nuevo acuerdo global. Se busca transitar hacia la desfosilización o descarbonización de la economía global hacia otra con menor impacto en la emisiones de carbono para apaciguar la crisis climática sin ponerle freno a los procesos de acumulación y al crecimiento económico (Bringel y Svampa, 2023).

En este escenario, el vínculo con los países del Sur global y de forma más específica con América Latina ha sido definido como el de un “extractivismo verde” (Bringel y Svampa, 2023). En los últimos años, los recursos estratégicos para la transición como el litio, el cobalto y el cobre vienen siendo suministrados desde los países de América del Sur. El auge de precios de los minerales para la transición configuran un escenario de mayor demanda por commodities en nuestros países, generando incentivos para sostener economías primario exportadoras. Se estima que la demanda por los minerales para la transición podría duplicarse o hasta triplicarse en las próximas dos décadas (Cooperación, 2024). Esto implicaría incrementar la producción a un ritmo acelerado, continuar expandiendo fronteras extractivas y presionando sus límites ecológicos.

Los discursos alrededor de los “pactos verdes” refuerzan también el patrón de subordinación entre los países del Norte y el Sur global. Como señalan Bringel y Svampa (2023), el Pacto Verde Europeo sostiene que “el acceso a recursos es una cuestión de seguridad estratégica” y que es imprescindible “asegurar la oferta de materias primas sostenibles”. En el marco de este nuevo contexto de transición energética, surgen también discusiones y políticas que buscan impulsar el otorgamiento de valor agregado a los minerales estratégicos para la transición desde el Sur global.

2.3. Paradigmas de desarrollo alternativos desde el Sur global para superar la nueva ola extractivista

Los paradigmas de desarrollo impulsado en las últimas décadas coinciden en acentuar un carácter productivista y consumidor. La naturaleza es vista como un mero factor de producción a ser extraído y transformado y el mercado asume el rol de principal asignador de recursos bajo una lógica de acumulación y crecimiento constante. En ese escenario, la acumulación de capital pone en riesgo su propia sostenibilidad. El crecimiento de la producción enfrenta limitaciones naturales que impiden que los medios de producción puedan seguir

el ritmo. Los intentos de continuar expandiendo fronteras extractivas terminan degradando o destruyendo las condiciones de producción y el ambiente (O’connor, 2001). Como consecuencia, la crisis climática está poniendo en riesgo la vida en el planeta tierra con serias consecuencias políticas, sociales y económicas, precarizando las vidas de sectores más vulnerables y más expuestos debido a la mayor dependencia en sus medios de vida hacia los bienes y servicios provistos por los ecosistemas.

Siguiendo patrones históricos, los fundamentos ecológicos del capitalismo global continúan situando a los países de América del Sur en el rol de sitios de despojo y contaminación para la ampliación de fronteras productivas y extractivas (Riofranco, 2020). Desde el Sur global, surgen paradigmas alternativos de desarrollo que buscan impulsar transiciones que configuren soluciones efectivas hacia al contexto de “policrisis civilizatoria” que enfrentamos a escala global (Bringel y Svampa, 2023) A continuación presentamos tres de estas principales tendencias:

- **La sostenibilidad de la vida en el centro:** La reproducción social es la forma en la que los seres humanos se constituyen como seres sociales. Durante las distintas etapas de la vida, los seres humanos requerimos cuidados que se expresan en la crianza de los hijos, el trabajo doméstico para el mantenimiento de los hogares y la construcción de comunidades (Fraser, 2016). El paradigma de desarrollo vigente separa la reproducción social de la producción económica. Asocia la reproducción social a las mujeres e invisibiliza su importancia minimizando su valor. Esta separación se contradice con la profunda dependencia entre la producción económica y la reproducción social. Las economistas feministas han sustentado que esta contradicción nos ha llevado hacia una crisis global de cuidados, debido a que la sociedad le asigna a las mujeres las responsabilidades del cuidado sin reconocimiento mientras que a la vez, las mujeres trabajadoras deben participar de la producción económica a tiempo completo. La doble carga de trabajo ocasiona “pobreza de tiempo” y agudiza las brechas de género. Un nuevo paradigma de desarrollo debe incorporar una reorganización masiva de la relación producción-reproducción y superar la centralización de la organización social de la vida en el mercado y en la obtención de beneficio económico (Fraser, 2016).

- **Postextractivismo y buen vivir:** El paradigma de desarrollo extractivista coloca a la actividad extractiva como principal medio para lograr el progreso económico mediante el aprovechamiento de nuestras ventajas extractivas (Gobel y Ulloa, 2014). En las últimas décadas se han desplegado en nuestros territorios “extractivismo depredadores” como la “megaminería a cielo abier-

to, la explotación petrolera en bosques tropicales o la expansión del monocultivo de soya” basados en la intensiva apropiación de recursos naturales impactando en las comunidades y el ambiente (Gudynas, 2015, p. 70). Estos procesos han dado paso a resistencias y a la discusión sobre “alternativas al desarrollo”. Las corrientes post extractivistas proponen transiciones hacia nuevas formas de desarrollo en la que la actividad extractiva no sea una centralidad y solo sean aceptadas si son sostenibles. En el Sur global, el paradigma del Buen Vivir planteado por los pueblos indígenas de la región propone una cosmovisión distinta en la interrelación entre el ser humano y la naturaleza. Este paradigma hace énfasis en la vida en comunidad y propone cambios en los patrones de consumo y producción que garanticen el reconocimiento de sus derechos territoriales y a la soberanía alimentaria (Gudynas, 2011; Merino, 2018).

- **Tecnología y desarrollo productivo:** El desarrollo industrial alcanzado por los países del este asiático ha reabierto las reflexiones respecto a las oportunidades y rutas hacia el desarrollo industrial en los países de América Latina. Las políticas para el desarrollo industrial del este asiático fueron impulsadas por un “Estado desarrollista” que fomente la innovación, corrija fallos de coordinación e impulse economías de escala (García Quero y Ahumada, 2017). Autoras como Carlota Pérez (2012), sostienen que en un contexto de revolución tecnológica, América Latina debe seguir una estrategia dual: i) Promover el desarrollo “desde arriba” apuntando hacia “migración gradual hacia productos con un valor añadido cada vez mayor” a través de un escalamiento tecnológico de las actividades basadas en recursos naturales en el corto plazo y ii) desarrollo de capacidades en el territorio como medio para superar los altos niveles de pobreza.

3. Claves para caminar hacia una transición socio-ecológica justa en América del Sur

Existe un sentido de urgencia por transitar hacia paradigmas de desarrollo que permitan ponerle freno a la crisis civilizatoria que enfrentamos. Inspirados en las discusiones y propuestas de los paradigmas de desarrollo alternativo discutidos en las secciones previas, en esta sección delineamos ocho claves para iniciar ese camino:

1. La reproducción social de la vida en el centro

El contexto de crisis nos plantea la necesidad de construir dinámicas sociales que superen la visión neoliberal de poner a la acumulación de riquezas en el centro. Los sentidos de comunidad, los cuidados y la reciprocidad deben guiar nuestro paradigma de desarrollo orientado al buen vivir y a garantizar la reproducción social de la vida.

2. Desarrollo productivo competitivo de cara al comercio internacional

La estructura productiva de nuestra región debe diversificarse. Se debe impulsar procesos de transición que vayan otorgando mayor valor agregado a los bienes que actualmente componen nuestra canasta exportadora incorporando nuevas tecnologías para alcanzar mayores niveles de sofisticación. Eso requiere de políticas para el desarrollo industrial con un Estado activo que promueva la articulación entre los esfuerzos del sector público con el privado.

3. Desarrollo productivo local para la reducción de la pobreza

Para superar los niveles de vulnerabilidad de nuestras economías en su dependencia con los vaivenes de las cadenas globales de producción, es importante fomentar el desarrollo productivo local. La generación de políticas de desarrollo industrial inclusivo deben incorporar mecanismos para el financiamiento y acceso a tecnología de las pequeñas y medianas empresas como principales fuentes de empleo a escala local. Fortalecerlas para garantizar su

sostenibilidad, mayores niveles de productividad y asociatividad para su escalamiento.

4. Una estructura productiva que garantice empleos y salarios justos

Nuestro paradigma de desarrollo debe garantizar el derecho al empleo digno. El Estado tiene el deber de dinamizar los sectores productivos de la economía priorizando a los sectores más intensivos en la generación de puestos de trabajo formales, asegurando salarios justos desde su rol de fiscalización. La protección social es un derecho al que los ciudadanos deben acceder independientemente de las características del vínculo laboral.

5. Sistema tributario progresivo para evitar la extrema concentración de riqueza

Un sistema tributario progresivo en el que “quién tiene más, paga más y quién tiene menos, paga menos”. Ante la evidente concentración de la riqueza en las últimas décadas, se deben incluir instrumentos que permitan evitar las consecuencias de la extrema concentración del poder económico en el debilitamiento de las democracias.

6. Cambios en la matriz energética y productiva que garanticen transiciones justas y alternativas sostenibles

La crisis climática nos lleva a la necesidad de construir sociedades posextractivistas en las que se proteja la diversidad natural y cultural de nuestra región. Necesitamos una transición socio-ecológica que habilite nuestra superación a la dependencia de combustibles fósiles. En tránsito hacia el uso de energías renovables debe asegurar alternativas para los territorios que dependen de la extracción de estos recursos. Los países que tienen mayor responsabilidad ante la crisis climática a escala global deben asumir los costos de las políticas de mitigación.

7. Bienes comunes globales, Amazonía y pueblos indígenas

En América Latina se encuentran territorios que albergan bienes comunes globales. Debe ser un mandato imperante en nuestra región la protección de la Amazonía y los saberes ancestrales de las comunidades indígenas que viven en estos territorios. Las políticas para enfrentar la deforestación deben llevarnos a articulaciones intraregionales serias. Por otro lado es fundamental garantizar la soberanía alimentaria en el presente y en las siguientes gene-

raciones para ello necesitamos políticas para la redistribución de la tierra y el acceso a agua que permitan el desarrollo de la producción agroecológica campesina e indígena

8. Sistema nacional de cuidados

Poner la reproducción social de la vida en el centro implica también políticas para superar la crisis del cuidado que se enfrenta en la región. Las dobles y hasta triples jornadas laborales que las mujeres realizamos contribuyen a agudizar la precariedad laboral, bajos salarios y mayores niveles de dependencia económica. Es necesario un sistema nacional de cuidados que permita reconocer y redistribuir las labores de cuidados en la sociedad.

Bibliografía

Abeles, Martín; Cimoli, Mario y Pablo Lavarello (2017) Manufactura y cambio estructural. Aportes para pensar la política industrial en la Argentina. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Aguayo Ayala, Francisco (2012) Transiciones energéticas: Agotamiento y renovación de los recursos energéticos. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Sociales.

Bonilla, Oscar et al (eds) (2022) Retornar al origen. Narrativas ancestrales sobre humanidad, tiempo y mundo. UNESCO. CLACSO.

Chang, Ha Joon (2002) Kicking away the ladder: development strategy in historical perspective. London: Anthem Press.

Chang, Ha-Joon y Justin Lin (2009) Should industrial policy in developing countries conforme to comparative advantage or defy it? A debate between Justin Lin and Ha-Joon Chang. Article in Development Policy Review.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (2022) Hacia la transformación del modelo de desarrollo en América Latina y el Caribe: producción, inclusión y sostenibilidad (LC/SES.39/3-P), Santiago.

Escobal, Arturo (2014) La invención del desarrollo. Editorial Universidad del Cauca.

Espejo, A (2022) Informalidad laboral en América Latina: propuesta metodológica para su identificación a nivel subnacional, Documentos de Proyectos (LC/TS.2022/6), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Fajnzylber, Fernando (1983) La industrialización trunca de América Latina. México, Centro de Economía Transnacional.

Galeano, Eduardo (1972) Las venas abiertas de América Latina. Siglo XXI Editores.

Garcia, Gloria et al (2023) Transiciones justas. Una agenda de cambios para América Latina y el Caribe. CLACSO. OXFAM.

Hirschman, Alberto (1980) Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo. Fondo de Cultura Económica. El Trimestre Económico, Octubre-Diciembre de 1980, Vol. 47, No. 188(4)

Kay, Cristobal (1989) Latin American Theories of Development and Underdevelopment. Routledge, London.

Lang, Miriam; Bringel, Breno y Mary Ann Manahan (eds) (2024) Más allá del colonialismo verde: justicia global y geopolítica de las transiciones ecosociales. CLACSO. Buenos Aires.

Lowy, Michael (2011) Ecosocialismo: La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista.

Perez, Carlota (2012) Una visión para América Latina; Dinamismo tecnológico e inclusión social mediante una estrategia basada en los recursos naturales. Revista Económica- Niteroi v14.

Pineda et al (2024), "Empleo informal en América Latina: grupos más propensos", serie Macroeconomía del Desarrollo, N° 219 (LC/TS.2024/115), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).

PREBISCH, Raúl (1962) El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. CEPAL. NNUU.

RODRIK, Dani (2004) Industrial Policy for the Twenty First Century. J.F. Kennedy School of Government. <https://drodrik.scholar.harvard.edu/files/dani-rodrik/files/industrial-policy-twenty-first-century.pdf>

Saito, Kohei (2024) La naturaleza contra el capital. El ecosocialismo de Karl Marx Edicions Bellaterra.

STIGLITZ, Joseph (2002) El malestar de la globalización.

Toledo, Víctor y Narciso Barrera-Bassols (2008) La Memoria Biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales. Icaria editorial.

Torres, Miguel y Jose Miguel Ahumada (2022) Las relaciones centro-periferia en el siglo XXI. El trimestre económico núm 353.

World Bank Group (2024) Tendencias recientes de pobreza y desigualdad América Latina y el Caribe. Octubre 2024. Práctica Global de Pobreza y Equidad Equipo para el Desarrollo Estadístico de América Latina y el Caribe.

Zelicovich, J., Zanetto, M. y Schapiro, M. (2024). La reconfiguración de la globalización. Estrategias en países del Sur Global para insertarse en el nuevo tablero internacional. Fundar.

Los anexos pueden ser revisados a través de este link o a través del siguiente código QR: https://docs.google.com/document/d/1lgcbi-h4ImUzQz-jss_797l9xS7q5Bb9lUf9aU9KPjXw/edit?usp=sharing





www.redfuturo.lat - [@redfuturo.lat](https://twitter.com/redfuturo.lat)